

LA CALENTURA

(CONTINUACION DE EL PUÑAL DEL GODO),

DRAMA FANTÁSTICO EN UN ACTO.

AL SEÑOR

DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,

encargado de negocios por S. M. C. en Dinamarca.

Querido Leopoldo: te dedico esta obrilla, cuyo manuscrito te envío, para que lleves á Dinamarca un recuerdo de nuestra última entrevista. Al hojearle en Copenhague acuérdate de tu mejor amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 3 de octubre de 1847.

PERSONAS.

FLORINDA.
DON RODRIGO.

TEUDIA.
EL MONGE ROMANO.

ACTO UNICO (1)

Cabaña del monge Romano.

ESCENA PRIMERA.

ROMANO, SOLO.

Señor, tú que al mos mezquino
usano infundes aliento,
Para que pueda contento

(1) Los versos que van marcados con esta señal * se imprimen en la representación.

Cumplir su vital destino :
Tú, cuyo soplo divino
Á cuanto crece y respira
Fé en tu omnipotencia inspira,
No dejes que solo el hombre
Tu poder tenga y tu nombre
Por una inútil mentira.
Fué rey, y se ve sin trono ;
Noble, y se ve sin honor ;
Soldado, y perdió el valor :
¿Qué le resta en su abandono ?
Do quier cree tu eterno encono
Ver ; nadie en su mal le abona :
Todo el mundo le abandona ;
Vuelve ¡oh Dios! al que olvidado

ACTO ÚNICO.

233

Se ve rey, noble y soldado,
Sin valor, honra y corona.

Jesus, hijo de María,
Redentor del universo,
Por el justo y el perverso
Espiraste el mismo día.
Dúete de su agonía
Por la que en la cruz sufriste,
Y que no imagine el triste
Que si por todos bajaste,
Al desdichado olvidaste
Y al pecador redimiste.

Mas ya es de noche : el nublado
Espesa : brilla la llama
Del relámpago : el mar brama
A lo léjos irritado.
¡Infeliz! él descarriado
Ni aun verá los elementos
Turbarse, y á pasos lentos
Cruzando el monte sin tino.
Le arrastrará el torbellino
De sus tristes pensamientos.
En fin, Dios cuidará de él.

Nada se puede esperar
De tan intenso pesar
Ni de infortunio tan cruel.
Henchido tiene de hiel
Su corazon, y enemigo
Siempre invencible, consigo
Le lleva siempre. (Escuchando.) Ya creo
Que sube... ¡Pero qué veo!

(Entra Teudia embozado.)

¿Quién es?

Teud. Un antiguo amigo. (Mostrándose.)

ESCENA II.

ROMANO, TEUDIA.

Rom. ¡Teudial!

Teud. Yo soy, buen anciano.

Rom. ¡Qué os vuelvo á ver!

Teud. ¡Ay de mí!

Por imposible lo dí :

Mas Dios me tendió su mano.

Rom. Decís bien, Dios está en todo :

Y pues os trae á mi amparo

Segunda vez, está claro

Que es el mejor acomodo.

Ea, sentaos ; tomad

Posesion de mi chozuela :

(Siéntase Teudia á la lumbre.)

Calentaos ; ¿no os consuela

Esa llama?

Teud. Si en verdad.

Rom. Acercaos mas, así.

¿Traeréis hambre?

Teud. De dos dias.

Rom. Viandas hay, aunque frias.

Teud. Dadme; aun hay calor en mí

Que suplirá al de la lumbre,

Y comer frio no daña

Á quien trae de la campaña

La privacion por costumbre.

Rom. Entrad pues á ese pastel

Como si fuera á una plaza

Enemiga.

Teud. ¡Buena traza

Tiene!

Rom. Pues firme con él.

Aquí teneis un vasijo

Con vino añejo de Oporto.

Teud. Padre, me dejais absorto.

¿Aquí vino?

Rom. Bebed, hijo :

(Teudia come y bebe)

Gozad el bien que os dá Dios,

Y aprended que en él tan solo

No cabe falta ni dolo ;

Y pues os crió, de vos

Cuida su paterna mano ;

Porque sin su voluntad

No bulle en la inmensidad

Ni el átomo mas liviano.

Teud. Anciano, teneis razon :

Y nadie en su gran poder

Mayor fé puede tener

Que Teudia en su corazon.

Si, padre, yo he visto al hombre

En su agonía mil veces,

Y siempre le of con preces

Invocar su santo nombre.

No hay mercader tan infame

Ni tan blasfemo soldado,

Que por la muerte llamado

Á Dios muriendo no llame.

Y tal vez al pensamiento

Que puse una noche en Dios,

Debo el hallarme con vos

Aquí y en este momento.

Rom. Os creo, Teudia : sin duda

Os creo; porque los males

Son recuerdos celestiales

Con que nuestra fé se ayuda.

¿No mas? (Teudia aparta la vianda.)

Teud. Soy sóbrio, aunque godo.

Mas el hambre y el cansancio

Por la pasta y por el rancio

Me han hecho olvidar de todo.

Dios me perdone. Ahora, hermano,

Decidme...

Rom. No os fatiguis

En preguntas.

Teud. ¡Oh! ¿sabeis

De él?

Rom. Sí sé.
 Teud. ¡Dios soberano,
 Gracias! Ya desconflaba
 De volverle en vida hallar.
 ¿Qué es de él? ¿qué hace?
 Rom. Vegetar
 Como una planta que traba
 Raíces en un peñon
 Por un turbion producida,
 Y espera al peñasco asida
 Que la arranque otro turbion.
 Teud. ¡Infeliz! ¿cuánto há que vino?
 Rom. Tres meses ya. Todavía
 Era de noche y dormia
 Yo aun, cuando un repentino
 Golpe en la puerta asentado
 Estremeci6 la cabaña.
 Tal visita era harto estraña
 Y acudí sobresaltado.
 Abrí; entró: sombrío, mudo
 Avanzó con lento paso,
 Colgó sin hacerme caso
 Espada, casco y escudo
 En el pilar: se metió
 En la pieza que ocupaba
 La otra vez y como estaba
 Sobre una piel se tendió.
 Durmi6se al punto. ¡Ay de mí!
 ¡Cómo venia el cuitado!
 Herido, roto, embarrado...
 Lloré cuando tal le vi.
 Llaméle, mas no dormia.
 Fuerza febril le sostuvo
 Hasta llegar, mas cuando hubo
 El fin que se proponia
 Tocado, le abandonó
 Su vigor calentamiento,
 Y en un aletargamiento
 Anonadado cay6.
 La hambre, el pesar, la fatiga
 Que al par en él presa hicieron,
 Ví que á la par le rindieron.
 Con solicitud amiga
 Desnudéle y le abrigué
 De unas pieles al calor:
 Espirituoso licor
 Vertí en su boca, y dejé
 Que con el sueño cobrara
 Las fuerzas que abandonado
 Le habian; me eché á su lado
 Y esperé á que despertara.
 Teud. ¡Oh buen amigo, dejad
 Que os hese la noble mano!
 Rom. El infeliz, yo cristiano,
 Cumpí con la caridad.
 Teud. ¡Bendígaos Dios!... mas seguid,
 Seguid.
 Rom. El sol se ocultaba

Ya, cuando él se despertaba
 Poco á poco.
 Teud. ¿Y qué hizo?
 Rom. Oid.
 Tendió una vaga mirada
 En torno de sí, me vió,
 Y el infeliz sonrió
 Sin poder decirme nada:
 Porque al hallar un amigo
 Que lloraba junto á él,
 Su suerte vió ménos cruel
 Y ech6se á llorar conmigo.
 Teud. ¡Oh, se comprende muy bien
 Rom. Visti6se, tom6 alimento
 Y oramos por un momento.
 Hizolo él como quien
 Pone en Dios una fé santa,
 Y en alas de su oracion
 Entero su corazon
 Al trono de Dios levanta.
 Tranquilo despues le ví
 Y tendiéndome la mano
 Dijo: « Ya lo veis, hermano,
 Vuelvo á vos, mirad por mí. »
 De ent6nces acá ni aun tiene
 Voluntad: « orad » le digo,
 Y se arrodilla conmigo;
 « Id ó venid, » y vá ó viene.
 Teud. ¿Y nunca os dijo?
 Rom. Jamás;
 Como en el tiempo pasado
 En silencio se ha encerrado
 Y yo nunca quise atrás
 La vista hacerle volver,
 Por no renovar la herida
 Que el recuerdo de su vida
 Le debió en el alma hacer.
 Mudo así, pero tranquilo
 Vive, y tengo á buen consejo
 Dejarle como le dejo
 Vivir, quieto en este asilo.
 Mi hospitalidad recibe
 Con gratitud: no desdeña
 Bajar al monte por leña,
 Sacar agua del algibe,
 Encender fuego, arreglar
 Los trastos de la cabaña:
 Nada le ofende ni estraña,
 Conmigo vive á la par,
 Y todo á ámbos es comun.
 Para él pedí á mi convento
 Mas nutritivo alimento,
 Se lo sirvo; pero aun
 No ha dado señal ninguna
 De ver si hay mas que agua y pan:
 Come de lo que le dan
 Sin notar mudanza alguna.
 Mas á veces como á impulso

(Romano y Teudia van á entrar, Romano delante. — Don Rodrigo sale al mismo tiempo, y encarándose solo con Romano, sin reparar en Teudia, le dirige la palabra. — Teudia permanece en el fondo.)

ESCENA III.

DICHOS, DON RODRIGO.

Rod. Padre, no os movais de aquí:
 No, no es náufrago el que grita.
 Rom. ¿Quién es?
 Rod. La sombra maldita
 Que viene detrás de mí.
 Cerrad, cerrad.
 Rom. Son antojos
 Que os forja algun desvario.
 Rod. No; of su voz, padre mio,
 Y la he visto por mis ojos.
 Como un pájaro marino,
 Como un vapor avanzaba
 Por sobre el mar, que la daba
 Sobre sus ondas camino.
 Á la torba claridad
 De un relámpago la ví,
 ¡Maldita sombra! ¡Ay de mí!
 Me la trae la tempestad.
 (Don Rodrigo se sienta junto á la lumbre,
 tapándose la cara con las manos.)
 Rom. Aun no ha reparado en vos:
 (A Teudia.)
 No os movais de ahí.
 (A Don Rodrigo.) Hijo mio,
 Con ese vértigo impío
 Luchad: acudid á Dios.
 Rod. ¡Ay padre! Dios no me escucha,
 Y á Satanás á la tierra
 Ha enviado á moverme guerra,
 Y es desigual esta lucha.
 Yo á todo mi ánimo apelo,
 Pero por grande que sea,
 ¿Quién, quién á un tiempo pelea
 Contra sí mismo y el cielo?
 Ya os he dicho esta mañana
 Que hoy era mi dia aciago,
 Y témome algun estrago
 Contra el que mi fuerza es vana.
 Rom. Indigna supersticion
 Hija de la fantasía.
 Rod. Del acibar que se cria
 En mi triste corazon.
 Hija de la sangre amarga
 Que por celestial sentencia
 Envenena mi existencia
 Cuanto mas triste mas larga.
 ¿Qué me resta ya que hacer

De algun vértigo arrastrado
 Sale desataleutado
 De la cabaña y le llamo
 En vano: de risco en risco
 Huye montaraz, arisco
 Como un acosado gamo
 Que huyendo vá del oje,
 Y metido en la espesura
 Se está, hasta que cierra oscura
 La noche. ¡Ay! ent6nces veo
 En su cara macilenta
 Y el cansancio que le abate
 Las huellas de la tormenta
 Interior que le combate.
 Le hago orar y se consuela:
 Mas bajo el sayo eremita
 La sangre real se le irrita
 Y el corazon se revela.
 Hoy tarda ya. El desdichado
 Hoy como nunca sombrío
 Me dijo: « Orad, padre mio,
 Por este desventurado.
 Orad mas que ningun dia
 Hoy, porque yo os aseguro,
 Que es el dia mas oscuro
 Que hay en la existencia mia.
 Teud. ¿Hoy? ¿quién sabe el dia fijo
 Á su recuerdo mas cruel?
 ¡Son tantos! Padre, por él
 Oremos
 Rom. Oremos, hijo.
 (Al irse á arrodillar ámbos, Teudia, que
 escucha, detiene al ermitaño.)
 Teud. Mas aguardad un momento,
 Pues ó me engañ6 el oido,
 Ó á lo léjos he creido
 Oir un grito.
 Rom. Fué el viento
 De la tempestad acaso.
 (Abre la puerta del fondo: se ve relam-
 paguear.)
 Ved como el nublado avanza.
 Teud. Mi oido es fino y alcanza
 De alguno que sube el paso.
 Rom. Teneis razon, es su huella,
 La reconozco.
 (Oyese muy á lo léjos un grito lúgubre.)
 Teud. ¡Dios santo!
 ¿Qué grito es ese?
 Rom. Es de espanto,
 De agonía.
 Teud. ¡Ah si se estrella
 Algun barco!
 Rom. Vamos pues
 Al mar; tal vez tiempo haya
 De atraer hácia la playa
 Al náufrago, si lo es.

Llamé al cielo y no me oyó,
Me mostré á la tierra y no
Me quiso reconocer.
Sí, sí : esta es la misma hora
Del crimen : este el fatal
Dia de tan criminal
Aniversario, y ahora
La sombra debe venir
Á mis puertas á llamar,
Sin que la pueda ahuyentar...
Dejadme pues sucumbir.
Del África viene, sí ;
Yo la he visto balancearse
Sobre el agua, y acercarse
Á la playa contra mí.
¿No habeis oído en la calma
Nocturna un horrendo grito ?
Fué el espíritu maldito
Que viene á pedir mi alma.

Rom. Serenao, Don Rodrigo.

Rod. Jamás me llameis así ;

Bajo ese nombre perdí
Todo cuanto tuve amigo.

Solo en la tierra me hallo :

Pereció cuanto leal

Era á ese nombre fatal,

¡ Hasta mi último caballo !

(Don Rodrigo se levanta, trasportado por los recuerdos á los tiempos pasados. Varía de carácter hasta volver á caer en su desvario al fin de esta escena. — Depende del actor.)

Un generoso corcel
Con paramentos de malla ;
Todo un corcel de batalla.
¡ Qué bizarro iba yo en él !
Sobre él de venganza rayo
Encerrado en mi armadura
Llegué en una noche oscura
Al campo de Don Pelayo.
Con él al pie de una encina
Pasé aquella noche horrenda,
Y abrigo, falto de tienda,
Le dí con mi capellina.
Apénas el alba nueva
Por el oriente asomaba,
Ya sobre él caracoleaba
Por las márgenes del Deva :
Y al escuchar los clarines
Del feroz morisco bando,
Su noble raza mostrando
Bufó y erizó las crines.
Al combate me lancé
Sobre él ; con él me metí
Entre los moros, y á mi
Sabor los alancé.
Tras de su tropel impío
Cuando ya huían deshechos

Tenaz se arrojó de pechos
Conmigo en mitad del río.
La corriente nos llevó :
Llegué yo hiriendo y matando
Hasta Causegadia, cuando
El monte se desplomó.
Cuantos árabes delante
Llevaba, huyendo de mí,
Se sepultaron allí
Bajo el peñasco gigante.
Mas de entre el golfe de espuma
Que alzó el peñón desplomado,
Sacóme á la orilla á nado
Flotando como una pluma.
Allí dí en tierra con él
Rendidos al fin los dos :
Yo tendí la diestra á Dios,
Y la siniestra al corcel.
Leal junto á mí yacía,
Y al ir perdiendo el sentido
Me apercibi conmovido
Que la mano me lamia.
Era el amigo postrero
Que tenia, y yo pensaba
Que á par de él aun espiraba
Sino rey, buen caballero.
¡ Mas Dios no lo quiso así !
Al volver de mí desmayo,
De las gentes de Pelayo
Cercado en torno me ví.
Halláronme al explorar
El campo al siguiente dia.
¡ Mas hiel allí todavía
Restábame que apurar !
Pelayo me dijo : « Amigo,
¿ Quién eres ? Por tí vení : »
Yo ufano ¡ necio de mí !
Contesté : « Soy Don Rodrigo. »
Todo el mundo se echó atrás
Con horror ; y replicó
Don Pelayo : « Ya se hundió
Para no alzarse jamás
Don Rodrigo : y de su nombre
No habrá ya rey en España ;
Mas tú has hecho en la campana
Cuanto puede hacer un hombre,
Y en premio de tu valor
Á faz del pueblo te abono
Yo ; libre eres, te perdono
Por lo bravo lo impostor. »
De sangre con una venda
Cegó mis ojos la ira
Al oír que de mentira
Era mi palabra prenda.
Quedé inmóvil de coraje :
Y temiéndome por loco
Dejáronme poco á poco
Á solas con tal ultraje.

¡ Solo aquella vil canalla
Por quien lidié me dejó !
Mas no estaba solo, no,
Mi fiel corcel de batalla
Pacia en una ladera :
Sobre la silla me eché,
El acicate le hiqué
Y se lanzó á la carrera.
Pensé en vos y en Lusitania,
Y hácia vos me dirigí ;
¡ Mas era sino ¡ ay de mí !
Perder en mi ciega insania
Todo cuanto me era fiel !
¡ En mi vértigo infernal
Me olvidé que era mortal
Mi desdichado corcel !
Desbocado le traía
Dia y noche sin cesar.
Á mí la hiel del pesar
De alimento me servía
Del universo enemigo
Para huir : mas á él que no,
¡ Noble animal ! espiró
Y con él mi último amigo.

(Don Rodrigo al volverse dá con Teudia, que se ha puesto de rodillas á su lado á sus últimas palabras, y que le dice :)

Teud. Señor, aun os quedo yo.

Rod. ¡ Teudia !

Teud. No echeis un caballo

De ménos : miéntras yo viva

Aun la fortuna no os priva

De un amigo y de un vasallo.

Rod. Alza y que yo te reciba

En mis brazos. ¡ Ay ! creí

Que tú tambien como todos

Ingrato, harías allí

Causa comun con los godos

Volviéndote contra mí.

Teud. ¡ Yo contra vos hacer bando !

No ; si ante vos estallando

La tierra se nos derrumba,

Para entónces yo os demando

La mitad de vuestra tumba.

Rod. Sí, te reconozco bien :

Tú solo fueras capaz

De mirarme sin desden.

Teud. Y de vengaros tambien

Del mundo entero á la faz.

Rod. Mas ¿ cómo hiciste jornada

Hácia aquí ?

Teud. Allá en Covadonga

Viendo que era hombre de espada

Me pusieron de avanzada

Por la noche. « Que me esponga

Yo mas que estos justo es,

Me dije : soy un soldado

Y no hay completo un arnés

En campo tan mal armado : »
De faccion quedéme pues.
Creí juntarme con vos
Á la aurora : mas la lucha
Se trabó ántes : yo os fui en pos,
Pero la gente era mucha,
Y quiso apartarnos Dios.
Caf herido : de un paisano
Lleváronme á la cabaña :
Y cuando ya me ví sano
Volviendo al campo de España
Nuevas de vos pedí en vano.
Mas comprendí que vivíais
Por un soldado que habló
De uno que por rey se dió :
Y juzgando que os vendríais
Aquí, tras vos eché yo.
Orillas del Duero dí
Con los huesos de un corcel :
Cerca los pedazos ví
De un arnés : fijéme en él,
Y el vuestro reconocí.

Rod. No viniste pues por mar ?

Teud. No ; y que lo penseis me asombra.

Rod. ¿ Con que al llegar yo... ?

Teud. De entrar

Acababa.

Rod. ¡ Horrendo azar !

Teud. ¿ Qué hay ?

Rod. ¡ No eras tú aquella sombra !

Rom. Señor...

Rod. Dejados, anciano,

Á solas por un momento.

Rom. Idle por Dios á la mano.

(A Teudia.)

Teud. Yo procuraré con tiento

(A Romano.)

Calmar su espíritu insano.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, TEUDIA.

Rod. ¡ Teudia !

Teud. ¿ Señor ?

Rod. Escúchame. Tenia

Sed de volverte á ver, de hablar contigo :

Porque tú ves la desventura mia

Tan inmensa cual es : porque testigo

De mi poder y de mi gloria un dia

Tú solo puedes consolarme amigo :

* Porque rey, necesito un caballero,

* No un monge en mi pesar por compañero.

Teud. * Es un siervo de Dios.

Rod. * Mas nunca ha sido

* Ni soldado ni rey ; ni nació godo ;

Ni vió jamas su nombre escarnecido
 * Y su honor arrastrado por el lodo;
 * Ni se vió de su pueblo maldecido
 * Y rechazado en fin del mundo todo.
 * ¿Qué decir puede semejante amigo
 * Al inmenso dolor de Don Rodrigo?
 * Nada. — Siento exaltarse mi cabeza
 * En esta soledad, y se enloquece
 * Débil ya mi razón. Sí, la pereza
 * De esta vida inactiva me enflaquece.*
 Teudia, bullir en mi cerebro siento
 Mil siniestras imágenes, que aumenta
 Como una inundación cada momento.
 Teud. Quimeras son con que Satán os
 [tienta.
 Rod. ¡ Pero odiosas, proféticas acaso!
 ¡ Tentaciones horribles que no puedo
 Vencer! — ¡ Qué vida tan horrenda paso,
 Teudia! — ¡ Ah, no me abandones! tengo
 [miedo.
 Teud. ¡ Miedo, señor! ¿ De qué?
 Rod. Teudia, de todo:
 De todo cuanto siento y cuanto miro,
 De todo cuanto lleva un nombre godo,
 De Dios, de mí, del aire que respiro.
 Teud. ¿ De Dios? ¿ No es infinita su cle-
 [mencia?
 Rod. Y también su justicia. * ¿ Crees que
 [alcanza
 * Un día de forzada penitencia
 * El rayo á detener de su venganza?
 * No, un reino entero pereció á mis manos
 * Por mi crimen fatal, y un pueblo entero
 * Esclavo de los fieros africanos
 * Venganza pide contra mí... ¡ y yo infiero
 * Que Dios se la ha de dar! — La tierra
 [hispana
 * Tinta en la sangre de mi pueblo humea,
 * Sangre do quiera que la huella mana;
 * ¡ Sangre por mí vertida! * — Hay una idea
 Arraigada en mi mente, una profunda
 Convicción en mi seno guarecida
 En que mi sino proverbial se funda,
 Y que es, Teudia, el tormento de mi vida.
 Teud. * ¡ Superstición!
 Rod. Tal vez: pero se aferra
 * Mas cada día al corazón; se estiende
 * Mas cada día por mi mente y cierra
 * Mas mi horizonte á cada punto; atiende.
 * Es la ley celestial: sobre la tierra
 * Abre Dios un infierno al rey que vende
 * Cual yo á sus pueblos: á este rey malvado
 * Le señala un espíritu, que impío
 * Le acusa, al pueblo hasta dejar vengado:
 * Y yo siento ese espíritu á mi lado
 * Que venga de su rey al reino mío.*
 Teud. ¡ Superstición!
 Rod. No, no: yo sé, yo creo

Que, de Dios mensajero, tras mí vaga
 Místico sér que por dó quier me amaga
 Y por do quiera junto á mí le veo.
 Teud. ¿ Mas quién es ese sér?
 Rod. No sé: un fantasma
 Que marcha tras de mí cuando camino:
 Su huella siento y de terror me pasma:
 Va á mi lado, es mi sombra, mi destino.
 Escucha. Á veces, á la luz postrera
 Del día, bajo hácia la mar: me place
 Verla estrellarse humilde en la ribera
 Al triste són que con sus ondas hace.
 ¿ Qué busco allí? No sé. Voy arrastrado
 Allí por un instinto poderoso
 Á esperar al fantasma, amedrentado:
 Porque le temo aunque le busco ansioso:
 Y no en vano. Del África viniendo
 Acercarse le veo de ola en ola,
 Su caprichosa oscilación siguiendo
 La playa hasta tocar callada y sola.
 Huyó al verle llegar y me parece
 (Yo no sé si es el viento que murmura),
 Mas creo que se rie y me escarnece,
 Y en lengua que no sé, volver me jura.
 Teud. ¡ Misero!
 Rod. Hoy le esperé: del horizonte
 Destacarse le ví, crecer, llegarse
 Mas que nunca visible: huí hácia el monte
 Mas mi sangre sentí paralizarse
 Cuando le oí lanzar hondo lamento
 Que estubo en tierra para dar conmigo
 Y gritarme le oí « ¡ Vuelve, Rodrigo! »
 Y esta vez fué su voz, no la del viento.
 Teud. Fué, señor, vuestra loca fantasía,
 Fué que la soledad y la abstinencia
 Exaltan vuestra mente cada día
 Más, y os minan la frágil existencia.
 Rod. * Teudia, ya te lo he dicho: esta es
 [la hora
 * Del crimen: es el de hoy el mismo día
 * Del año, y esa sombra vengadora
 * Sale hoy á reclamarme del abismo.
 El eco de su voz en mi memoria
 Toda entera evocó la edad pasada,
 Sí, todo cuanto fué; toda mi historia:
 Fué voz por un espíritu lanzada.
 Teud. Fué voz por vuestro espíritu for-
 [jada.
 Rod. ¡ Ah! lo ignoras tal vez. Hoy ha
 [diez años
 Que á Florinda ultrajé.
 (Teudia va á hablar: Don Rodrigo le pone
 la mano en la boca.)
 No lo repitas.
 Hay en la soledad ecos extraños
 Que te devolverían mis malditas
 Palabras... pero sábelo: á esta hora...
 En mi palacio de Toledo... aun veo

Aquella escena amante, abrasadora;
 Veo aun su rostro virginal que llora...
 Y aun ¡ sacrilego amor ¡ que la amo creo.
 Teud. * ¡ Señor!
 Rod. * ¿ Tú alguna vez en el seguro
 * Recinto del palacio no la viste?
 Teud. * Jamás la conocí; ¡ mas la mal-
 [digo!
 Rod. * ¡ Teudia! — Inocente fué; yo te
 [lo juro.
 Teud. * Pero os perdió su amor.
 Rod. ¿ Quién le resiste
 * Cuando Dios nos le dá para castigo? *
 Teud. ¡ Infeliz!
 Rod. ¡ Lloras, Teudia! te comprendo;
 * Te inspiro compasión.
 Teud. * Señor, si lloro
 * Es porque vos no veis y yo estoy viendo
 * Que Dios, que de piedad es un tesoro,
 * Á vos me guía por su propia mano,
 * Porque guie desde hoy vuestro destino,
 * Porque os recuerde yo que el sér humano
 * Tiene su origen en el sér divino.
 * Avergüenceos pues vuestra locura;
 * Los ojos levantad al Dios que dijo:
 * « Venid á mí en las horas de amargura;
 * Padre, os perdono en nombre de mi hijo. » *
 Necesitais trabajo y ejercicio:
 Las fieras de la selva nos convidan
 Á sacudir de la pereza el vicio,
 Y así echareis las sombras, que se anidan
 De la inercia á favor, en vuestro juicio.
 ¿ Recordais que sois rey? hé aquí un vasallo,
 ¿ Que sois harto infeliz? hé aquí un amigo.
 ¿ Cenobita os haceis? como batalló
 Rezo: mandad, llorad, orad conmigo:
 Pronto á partir con vos la vida me hallo;
 Tendreis en mí un esclavo, Don Rodrigo:
 De cuanto vuestro fué yo solo os quedo;
 Mas aun sois para mí rey de Toledo.
 Mientras que viva yo, vuestra ventura
 Seguiré, atado siempre á vuestra huella:
 Si os condena la suerte á vida oscura,
 No ha de faltaros, pese á vuestra estrella,
 Ni un vasallo que os cave sepultura,
 Ni un amigo leal que os lllore en ella:
 Y siempre queda mundo, Don Rodrigo,
 Al que le queda Dios y un buen amigo.
 Rod. Teudia, tienes razón: Dios te me
 [envia
 Cual aura de consuelo y de bonanza
 En la borrasca de la angustia mía,
 Cual iris mensajero de esperanza:
 Tienes razón; tú irás siempre conmigo.
 Teud. Siempre.
 Rod. Y emprenderemos otra vida
 Mejor para mi espíritu.
 Teud. Y os digo

Que cobrareis vuestra quietud perdida.
 Rod. Batiremos el monte.
 Teud. Y volveremos
 Con hambre á la cabaña.
 Rod. Y de la lumbre
 Al amor, de otros tiempos hablaremos.
 Teud. Y oraremos también.
 Rod. Tengo costumbre
 De orar al acostarme.
 Teud. Pues lo haremos
 Juntos todas las noches.
 Rod. Me temia,
 Teudia, que el campamento...
 Teud. ¿ Lo cristiano
 En mí amenguara? ¡ Oh no! con alegría
 Sufro, y tengo fé en Dios.
 Rod. ¿ La corte mia
 (Con amargura.)
 Frecuentaste?
 Teud. Jamás: noble he nacido;
 Mas vivir en la corte no he querido
 Nunca.
 Rod. Por eso crees y el alma pura
 Conservas y leal.
 Teud. Es lo que ahora
 Necesita, señor, vuestra amargura;
 Fé cierta, y lealtad consoladora.
 Mas se hace tarde: reposad tranquilo
 Esta noche, señor, y nuestra nueva
 Vida mañana empezará. Este asilo
 Es seguro, y no hay nadie que se atreva
 Á penetrar en esta selva.
 Rod. Pero
 Si esta noche...
 Teud. El pavor echad del alma,
 Yo estoy con vos y yo soy un guerrero.
 Rod. ¿ Mas ya no te me irás?
 Teud. Dormid en calma,
 Señor, yo velo aquí.
 Rod. No, estás rendido
 De fatiga: esta noche necesitas
 Reposo tú. Mi lecho muy mullido
 No es, mas yo te le doy con infinitas
 Albricias por tu vuelta.
 Teud. ¿ Y vos?
 Rod. Un rato
 Quiero estarme á la vera de la lumbre
 Conmigo mismo á solas.
 Teud. Mas...
 Rod. Ingrato
 El sueño huye de mí, y es mi costumbre
 Recogerme á altas horas.
 Teud. Hoy empero
 No tardareis.
 Rod. No á fé, que con el día
 Te pienso despertar. Vé pues: lo quiero.
 Teud. Os obedezco.
 Rod. Vé, y en mí confia

Yo te despertaré.
*(Vé Don Rodrigo á sentarse á la lumbre ;
 Teudia contemplándole dice desde la
 puerta, levantando los ojos al cielo :)*
 Teud. ¡ Dios justiciero,
 Yo adoro tu piedad ! si tardo un poco,
 Desventurado rey, le encuentro loco.

ESCENA V.

DON RODRIGO.

¿ Y por qué si feliz ser ya no puedo
 Con Dios no viviré y conmigo mismo
 ¿ En paz ? Bien dice Teudia : sí, mi miedo
 Solo es superstición, sonambulismo.
 * ¡ Léjos de mí quiméricas visiones !
 * E' los reposan en la tumba todos,
 * Y la tea apagó de las traiciones
 * El huracan que dispersó á los godos.
 * En mí acabó mi raza : fué sentencia
 * Del sumo Dios, que condenó al misterio
 * De oscuridad perpétua mi existencia :
 * Mas lo que vale me mostró el imperio.
 * Señor, yo acato tu poder y acepto
 * Mi sacrificio entero. Si no pura,
 * Obediente mi alma á tu precepto
 * El cáliz beberá de su amargura.
 Sí ; muerto para el mundo, en la montaña
 Viviré de la cruz bajo el abrigo,
 Y arrostraré la execración de España
 En nombre del que fué rey Don Rodrigo.
 Flor. Don Rodrigo. *(Dentro.)*
 Rod. ¡ Dios mio ! ¿ quién me nombra ?
*(Ábrese la puerta del fondo, y á la luz de
 un relámpago se presenta Florinda, des-
 melenada y las ropas en desórden. Este
 personaje es altamente fantástico, y la
 determinación de su carácter en la es-
 cena depende solamente de la actriz.
 Florinda presenta en su fisonomía, en
 sus miradas y en sus acciones, la vague-
 dad de la locura y la exaltación de la
 fiebre. Contesta maquinalmente, y no se
 fija en nada mas que en el fuego, junto
 al cual se coloca con el placer de un loco
 que logra el capricho de su demencia ;
 hasta que calmándose poco á poco entra
 lógicamente en el sentido de la escena.)*

ESCENA VI.

DON RODRIGO, FLORINDA.

Rod. ¡ Una muger !
 Flor., fijándose en la lumbre. Aun arde :
 á tiempo llego.

*(Siéntase Florinda al lado del fuego, go-
 zando de su calor con insensata avidéz.)*

Rod. ¿ Qué traéis ? ¿ qué buscáis ?
 Flor. Sed, frio, fuego.
 Rod. ¿ Mas quién sois ?
 Flor. Nadie ya, soy una sombra.
 Rod. ¡ Sombra ! ¿ quién me la trae ?
 Flor. La mar, el viento.
 Rod. ¿ Y de dónde ?

Flor. Del África.
 Rod. ¡ Es la mia !

¡ Ah ! ¿ qué quiere de mí ?
 Flor. Vida, alimento.

¡ Agua !... tengo el temblor de la agonía.
 ¡ Agua !

Rod. ¡ Ay de mí ! yo creo que deliro.
 Flor. ¡ Agua !... la calentura me sustenta,
 Y en el momento en que me deje espirar.

¡ Agua !
 Rod. Ahí la tienes.

(Señalando una vasija.)
 Flor., despues de beber. Gracias. — Dios

[en cuenta

Te lo tenga, buen hombre, ¡ qué cansada
 Estoy !... á esos peñascos he trepado
 Por este fuego y esa luz guiada.

Temí que me la hubieras apagado.
 ¡ Qué agradable calor ! ¡ cómo consueta !

Allá en la oscuridad ¡ qué frio hacia
 Sobre la mar ! Pues ¿ y en el monte ? huela.

Rod. ¡ Sobre la mar !
 Flor. Sin duda ; yo venia

Todas las noches á esta playa.
 Rod. ¡ Todas !

Flor. Todas. Todas las noches de seis años ;
 Siempre viendo pasar las naves godas

Ante mí ; y yo ¡ qué afán ! presa entre es-
 [traños.

Porque yo estaba en Africa cautiva,
 Allá en un torreón... sobre una roca

Que daba al mar... mas ya no estaba viva.
 Rod. ¿ No estábais viva ya ?

Flor. No ; estaba loca.
 Yo lo sabia bien, porque sentia

Que la razon se me iba por momentos ;
 Mas el dolor con la razon huía,
 Y gozaba en mis locos pensamientos.

Un dia mi señor trajo á un anciano
 Á la torre, y mostrándome le dijo :

« Héla ahí. » El viejo me tomó la mano,
 É hizo de mí un exámen muy prolijo.

Aquel viejo era un sabio. « ¡ Pobre esclava !
 (Decia) mis pronósticos son ciertos ;

Esta es la fiebre que la vida acaba.
 — ¿ Nadie la curará ? » le preguntaba

Mi señor... Yo afanosa le escuchaba.
 Y el viejo contestó : « Tal vez los muertos.

Si el rey que la infamó resucitase,

Si á su edad virginal volver pudiera,
 Á su pátria, á su amor, cual si tornase
 De un ensueño, tal vez en sí volviera.
 Tan solo esta impresion desesperada
 La podria curar. Mas id con tiento ;
 Pues solo por la fiebre alimentada,
 Cuando la deje, morirá. » — Y ya siento
 Que se vá poco á poco.

Rod. ¡ Desdichada !
 El eco de su voz ¡ ay ! me estremece ;
 Mas me atrae como iman ; no sé que en-

[canto

Siniestro tiene para mí ; es el canto
 Traidor de una sirena que adormece.

Flor. Vivifica esta llama ; bien has hecho
 En no apagarla. Mira, me devora

La fiebre... me consume hora por hora
 La vida... Mas percibo que mi pecho

Se fortalece á su calor un poco ;
 Muy poco, porque tiene mi existencia

Un plazo fijo, y á su extremo toco.
 Hoy moriré tal vez : es mi sentencia.

Rod. ¡ Hoy !
 Flor. Hoy, que es dia aciago. Tú no

[puedes

Comprenderlo : es verdad ; pero yo quiero
 Que lo comprendas. Oye : en las paredes

De mi prision habia un agujero
 Que daba sobre el mar. Desde él veia

Siempre atada una barca en la ribera
 Que encima de las ondas se mecía,

E iman eterno de mis ojos era.
 En ella sobre el mar iba y venia

Todas las noches yo : me aproximaba
 Á estas playas : en ellas percibia

Un sér de quien soy sombra : le llamaba ;
 Venia... mas mi barca se volvia

Á Africa, y yo volvia á ser esclava.
 Rod. ¿ Veniais á esta playa en las tinieblas ?

Flor. ¿ Te he dicho eso ? ¡ Já ! ¡ já !... No ;
 [lo soñaba.

Rod. ¡ Lo soñabais ! ¿ Mas hoy ?...
 Flor. Hoy en las nieblas

Nocturnas descendí de la montaña.
 Rod. ¿ Mas cómo ?

Flor. Como sombra, por el viento.
 Rompió la tempestad, y en un momento

Mi hermano el huracan me trajo á Es-
 [paña.

Rod. ¿ Vais á España ?
 Flor. ¿ Pues qué ? ¿ no estoy en ella ?

Rod. Aun no.
 Flor. ¿ Con que es decir que ya no puedo

Esta noche llegar ?
 Rod. ¿ Dónde la huella
 Queráis dirigir ?

Flor. Voy á Toledo.
 Rod. ¡ A Toledo ! ¿ y á qué ?

Flor. Allí he nacido.
 Rod. Yo tambien.

Flor. Allí fui rica y querida.
 Rod. Yo tambien.

Flor. En su alcázar he vivido.
 Rod. Yo tambien.

Flor. Allí amé ; mas fui vendida.
 Rod. Tambien yo.

Flor. Una corona allí he perdido.
 Rod. Yo tambien.

Flor. Y allí en fin perdí mi vida.
 Rod. (Dadme fuerzas, Señor ; luz en su

[mente

Derramad, y abreviad este suplicio.)
 ¿ Conque moristeis ?

Flor. Dí, ¿ vive realmente
 El que pierde el honor, la fé y el juicio ?

Rod. No vive, no.
 Flor. Pues bien ; yo estoy ya muerta :

Mas soy mi sombra, y á merced del viento
 Sobre la tierra voy vagando incierta

Porque un secreto revelarle intento.
 Rod. ¿ Á quién ?

Flor. Al rey.
 Rod. ¿ Á cuál ?

Flor. Al de los godos.
 Rod. ¿ Y qué vais á decirle ?

Flor. Es una historia
 Que él solo entenderá : no es para todos.

Nadie la sabe aun ; en mi memoria
 Vive no mas : y mira, he canecido

Solo por conservarla en ella escrita ;
 Por ella mi nacion me ha maldecido

Y por ella mi raza está maldita.
 Rod. Y la mia tambien.

Flor. Odio, detesto
 Cuanto fui.

Rod. Yo tambien.
 Flor. Hasta el cariño

De los que sér me dieron, y el honesto
 Pudor de virgen y el candor de niño.

Óyela pues, entera la recuerdo ;
 Mas no me la interrumpas : esta fiebre

Me abandona, y tal vez si tiempo pierdo,
 Al par mi historia con mi sér se quiebre.

Rod. Habla.
 Flor. Yo era una flor que cultivaba

Un rey en el jardin de su palacio ;
 Con solícito afán él me cuidaba,

Y yo con mi perfume embalsamaba
 De su real corazon todo el espacio.

Era aquel rey galán, rey de las flores,
 Y una elegir debía para esposa :

Yo era entre ellas la flor de sus amores...
 ¡ Mas Dios me hizo brotar de los traidores
 Tallos de una letal flor venenosa !
 Aquella flor de quien nací capullo,
 En vez de contemplarme con orgullo
 Hija suya por ser y la elegida,
 Del aura de la envidia oyó el arrullo,
 Y envidió mi favor y odió mi vida.
 Iba de noche el rey enamorado
 Al jardín, mientras yo casta plegaba
 Mis hojas sobre el cáliz delicado,
 Y él en silencio y á mis piés echado
 Con el aroma de mi amor soñaba.
 Si en la sombra hacía mí tendió la mano,
 Tropezó de mi honor con las espinas :
 Porque yo, frágil flor, y él rey liviano,
 Recelé y me previne..., y no fué en vano.
 Una noche..., espesísimas cortinas
 De tinieblas velaban tierra y cielo,
 Tendíome el rey la mano : el aura errante
 Incliné á mi rival hacía adelante :
 No halló espinas el rey, y con anhelo
 Diosa flor gozó ignorante.

Rod. ¡ Ah !

Flor. Y al siguiente día audaz, risueño,
 Confiado, mis hojas purpurinas
 Vino á besar con amoroso empeño ;
 Yo ajena á la traición hecha en mi sueño,
 Cerréme, y dí á sus labios mis espinas.
 Indigné al rey galán mi fantasía,
 Y viendo que de noche flor liviana
 Á su liviano amor correspondía,
 Desairándole hipócrita de día,
 Me deshojó á la fuerza una mañana.

Rod. ¡ Ah! comprendo, infeliz, tu horrenda historia.

Flor. ¡ Imposible !

Rod. Recobra tu memoria,
 De tí las nieblas del delirio aparta ;
 Respóndeme... Una noche á tu aposento
 Fué el rey tras el perfume de una carta.

Flor. No era mía.

Rod. En la sombra el suave aliento
 Sintió de una muger.

Flor. El mío no era.

Rod. Su mano halló otra mano.

Flor. No era mía.

Rod. ¿Cuál era pues la flor que el rey
 [cogía ?

Flor. La que el aura inclinó porque él
 [la asiera.

Rod. ¿Cuál la que deshojó con mano
 [fiera ?

Flor. La que en su cáliz virginal dor-
 [mía.

Rod. ¡ Ah! de una vez tus pensamientos
 [fija ;

Tú la inocente flor, ¿ quién fué la rea ?

Flor. De su tallo nací. (Con misterio.)

Rod. ¡ Maldita sea!

Flor. ¡ Es mi madre! (Con espanto.)

Rod. De tigres eres hija.

Flor. Y tú que la maldices, tú ¿ quién
 [eres ?

Rod. ¿ Quién he de ser sino quien fué
 [contigo

De su generación plaga y castigo ?

Flor. ¡ Tú... !

Rod. Mírame.

Flor. ¿ Eres tú ?

Rod. Mira te digo.

Flor. ¿ Tú... el rey infamador de las
 [mugeres ?

Rod. ¡ Tú Florinda infeliz !

Flor. ¡ Tú don Rodrigo! (Pausa.)

Mi alma se vá... la vida me abandona.

Sí : de nuevo la luz brilla en mi mente ;

Recuerdo... reconozco... me perdona

Sin duda Dios.

Rod. Florinda. (Acercándosele.)

Flor. ¡ Atrás ! detente.

(Rechazándole.)

Yo no soy la muger que hundió tu trono ;

Yo soy mi sombra, que pasó á tu lado

Al volver á su tumba, solamente

Para decirte : « ¡ Á Dios, rey desdichado !

Yo de tu crimen víctima inocente,

Blanco seré de universal encono

Y execración de la futura gente ;

Mas el juicio de Dios tengo en mi abono. »

Rod. ¡ Florinda !

Flor. Aparta... tentador... el alma

Se separa del cuerpo... dulcemente

La tierra huye de mí... yo la abandono

Sin pesar... siento en mí la dulce calma,

La paz, la sombra del sepulcro...

Rod. ¡ Ah !

Flor. ¡ Tente !

¡ Hasta la eternidad ! Yo te perdono. (Cae.)

(Asoma Teudia.)

Rod. No hay perdón para mí ; yo lo re-
 [chazo.

¡ Tierra de maldición, libre muy presto

Vas á verte de mí !

ESCENA ÚLTIMA.

DON RODRIGO, TEUDIA ; FLORINDA,
 MUERTA.

Teud. Señor, ¿ qué es esto ?

Rod. Es que el rayo de Dios de herirme
 [acaba ;

Que mi vida fatal llegó á su plazo.

Teud. ¡ Una muger !

Rod. Mi sombra : esa es la Cava.

Teud. ¡ Cielos ! ¿ Mas dónde vais ?

Rod. Á la montaña.

Teud. ¿ Á qué ?

Rod. Á buscar en el sepulcro abrigo

Del odio universal contra la saña.

Teud. Esperadme, señor.

Rod. Nadie conmigo : (Desde la puerta.)

Solo en la culpa, solo en el castigo ;

La maldición del cielo me acompaña.

(Cierra la puerta de golpe, y cae el
 telon.)